

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 108.—BARCELONA 18 DE MAYO DE 1916



Automóvil francés acorazado, cuyos ocupantes contemplan atónitos cómo un labriego rotura tranquilamente su campo, bajo el fuego enemigo

CRONICA INTERNACIONAL

I. La codicia rompe el saco.—II. Inglaterra y Portugal.—III. La represión.—IV. Alemania y los Estados Unidos.—V. Los apuros de Italia

I.—La codicia rompe el saco

Descubrieron prematuramente el juego los ingleses. Con un formidable coro de voces recias que anuncian la victoria final y predicán el exterminio del militarismo y la tiranía prusianas, a la vez que ensalzan los temas manidos de la libertad, el derecho y demás sarcasmos, han conseguido ocultar, durante veinte meses, sus intenciones. La obcecación de sus aliados y la división de opiniones en los neutrales, favoreció sus tretas. Pero como no hay mal que cien años dure, al fin se va descorriendo la cortina. El retablo está ya al descubierto y su contemplación no puede ser más interesante. He aquí lo que se ve.

Las colonias y posesiones alemanas en Asia y Africa, en poder de Inglaterra. Egipto definitivamente anexionado. Libertada, puesto que está bajo las zarpas británicas, la región del Eufrates, inmediata al golfo Pérsico. Incólumes todas las haciendas

y territorios de la Gran Bretaña. La ventaja material no es despreciable.

La Hacienda rusa en manos de Inglaterra; anticipos a Italia y a otros aliados, cuyos nombres se reservan prudentemente. La escuadra, aunque ha tenido mermas de consideración, conserva indiscutiblemente el primer puesto, para seguir protegiendo lo que se llama «libertad de los mares», o sea el dominio exclusivo de éstos por Inglaterra. Un formidable ejército que se prepara, se prepara siempre, para asestar el golpe final, pero que no entrará en funciones hasta después de la guerra: cuando todos los ejércitos de aliados y adversarios estén destrozados, Inglaterra acabará de organizar el suyo, y de este modo, el día en que se reanude la historia pacífica del mundo, la inocente Britania será la primera potencia naval y la primera potencia militar, para tranquilidad y regocijo de los débiles.

¿Qué faltaba a este cuadro para adquirir el máxi-

mo relieve posible? El brochazo que constituía la aspiración suprema de los britanos el día 2 de agosto de 1916: la muerte del comercio alemán y su reemplazo por el inglés. A los aliados se les tendió el anzuelo del concierto económico; a los Dominios (Australia, Canadá y África del S.) se les quiso cazar con la red de que a las conveniencias del Imperio se agregaban las ventajas comerciales; a los neutrales se les dijo que los agentes comerciales alemanes no eran en el fondo otra cosa que espías y militares disfrazados y que el comercio alemán no tenía otro alcance que el de una máscara con la que Alemania disimulaba sus deseos de oprimir y sojuzgar al mundo. Si estos planes inocentes de los britanos hubieran triunfado, tendríamos ya la paz, o por lo menos los aliados la habrían ofrecido. Probable es que la rechazara Alemania.

Los aliados han formado muy a gusto en el coro del derecho, justicia, etc., contra el salvajismo, barbarie, incultura y otras lindezas de los teutones, y no pocos neutrales, que discurren por lo que les atañe personalmente o que no ven más allá de sus narices, como se suele decir, jalearon también esa repugnante campaña. Al fin y a la postre, a nada comprometía, y era una especie de diversión y entretenimiento, un desahogo, algo así como el ejercicio del derecho al pataleo, único desquite que tenían a su disposición los derrotados veinte veces en los campos de batalla, como antes lo fueron en las luchas del trabajo, de la ciencia y hasta de las bellas artes.

No sucedió lo mismo cuando cada cual sintió su bolsillo en peligro. El derecho y otras filosofías eran muy respetables, pero la prosa pesaba más. Excelentes personas los ingleses, mas no hasta el punto de regalarles el dinero. Y he aquí cómo al anunciarse por Britania su propósito de extinguir el comercio alemán y substituirlo por el inglés, Francia hizo un gesto de disgusto, Rusia se llamó a engaño e Italia se salió fuera. Dentro mismo del Imperio, el Canadá se negó en redondo a las pretensiones de la metrópoli, y Australia volvió las espaldas y ni siquiera quiso escuchar las cariñosas insinuaciones de su madre patria. Finalmente, los Estados Unidos, por boca de los periódicos más amigos de los aliados, declaran que rechazan y repugnan la tendencia británica, porque dificultaría la libre competencia norteamericana en los mercados mundiales, ahora favorecida por la pugna entre Inglaterra y Alemania.

Escuadra poderosa, fortísimo ejército inmaculado, libre de pecado, porque no tendrá ocasión de intervenir en los campos de batalla; tantos preparativos, gastos, habilidades y disgustos que han recaído sobre Inglaterra, corren el peligro de resultar estériles. La Gran Bretaña está compuesta en estos momentos, y la novia, rubia como verdadero oro que es, trata de escapársele. Fió el mozo demasiado en su gallardía y en sus bravatas, no es extraño que quienes han seguido la máxima de que el movimiento se demuestra andando, comiencen a desconfiar del que no se ha apartado de la ventana. Muy conveniente sería para todos que el galán se encerrase definitivamente en casa o saliera de una vez a medir sus fuerzas de luchador con los que le aguardan. Nos encontramos en momentos de expectación.

II.—Inglaterra y Portugal

Sin embargo, los ingleses no cejan en su empeño. Ya que no con los grandes, se atreven con los pequeños; Portugal lleva el camino de experimentar las ventajas del monopolio comercial británico; el asunto nos interesa también. He aquí, como muestra, en qué términos se dirigió a su periódico el corresponsal del *Times* en Lisboa, según aparece en la edición del día 2 del corriente mes. Copiamos sólo los párrafos relativos a este tema.

«La primera cuestión es el trato a que han de ser sometidos los alemanes que se han naturalizado en Portugal, materia que reclama pronta atención. Los ingleses que aquí residen saben que los tales son espías, y los agentes del Gobierno británico tienen pruebas del hecho. Hay algunas dificultades para obrar efectivamente contra ellos. Muchos se han casado en Portugal, y las familias de aquí no comprenden que esos ciudadanos naturalizados sigan siendo súbditos de un Imperio despótico. Hay muchísimos alemanes naturalizados portugueses; algunos de ellos ocupan posición preeminente en el comercio, aunque los principales en el mundo comercial han marchado a España. Su presencia es particularmente peligrosa en la costa, donde se ponen más de manifiesto... El tratado de comercio germano-portugués de 1909, dió grandes ventajas a nuestros rivales, y la indolencia británica hizo el resto. Perdimos nuestro tradicional predominio comercial casi enseguida, y tendremos que trabajar mucho para recuperarlo, no sólo contra los alemanes, sino contra los neutrales, que han entrado en acción desde el principio de la guerra. Gracias al tratado, Alemania, valiéndose de sus representantes aquí, ha adquirido inmensos intereses en toda clase de negocios—luz eléctrica, marina, maquinaria, material de ferrocarriles y banca—, operaciones que han sido apoyadas por el Gobierno alemán valiéndose de sus diplomáticos y agentes consulares diseminados en todo el país. La cuestión es esta: ¿qué se ha de hacer con esa inmensa propiedad, mientras las dos naciones estén en guerra? En Portugal no existe nada dispuesto sobre la propiedad alemana, al revés de lo que acontece en Inglaterra. Si la mejor protección ha de concederse a los intereses británicos y portugueses, es menester que el Gobierno portugués se dé prisa a obrar. Los alemanes y sus amigos aprovechan cada hora de su relativa inmunidad. Aquí no hay leyes sobre el comercio enemigo, como en Francia e Inglaterra. Su necesidad es obvia y urgente... El Gobierno de la República no se moverá probablemente en esas materias, sin consultar con el nuestro. ¿Ha de añadirse que se necesita una pronta acción?»

El discreto lector hará los comentarios que guste. Más claramente no se pueden manifestar los propósitos de arrojar de Portugal todo el comercio de los enemigos y de los neutrales. Al anuncio no tardarán en seguir las obras. Estamos avisados.

III.—La represión

Los tribunales militares ingleses han funcionado activamente, juzgando con terrible severidad a los insurgentes irlandeses. Un número crecido de penas

capitales han sido ejecutadas, conmutándose otras por la pena inmediata inferior. Por fin el Gobierno ha acordado suspender las ejecuciones pendientes y dilatar un poco más los juicios; precedió a esta determinación un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes por el jefe de los nacionalistas irlandeses, mister Redmond, cuyo patriotismo británico es intachable, pidiendo clemencia.

El rigor de la represión será juzgado por cada cual, con arreglo al punto de vista en que se coloque. Será imposible el acuerdo, porque las opiniones obedecen siempre en estos asuntos a prejuicios y apasionamientos. Suena ahora, de todos modos, a algo fúnebre la pretendida protección que Inglaterra quiere dispensar a los pueblos oprimidos... que no están bajo su yugo. En cambio, la apelación al principio de las nacionalidades, contenida en el discurso del canciller alemán, resulta tan oportuna como profética.

Pero lo que nos interesa en primer término al recordar la severidad inglesa, es comparar lo hecho ahora por Inglaterra con los procedimientos, ciertamente suavísimos, empleados por España en ocasiones análogas. No fué bastante nuestra ecuanimidad, nuestra templanza, para librarnos de los calificativos de sanguinarios, inquisitoriales, y otros mucho peores, y que repugna estampar, que nos dedicaron ciertos países que presumen de marchar a la cabeza de la civilización, y entre ellos la misma Inglaterra. Con Irlanda se ha hecho diez o veinte veces más y nadie ha arrojado sobre Inglaterra los epítetos que tan alegremente lanzó contra nosotros.

El caso no es nuevo. Iguales dictérios merecieron los campamentos de concentración instalados en Cuba, colonia a la sazón insurrecta, y los tales campamentos, bastante más duros, fueron imitados por los ingleses—que nos habían zaherido—en el Transvaal, con el beneplácito, si no el aplauso, de quienes veían en nosotros una raza inhumana, salvaje, regresiva, abyecta... A cada uno se le trata, según esto, no por la manera como obra, sino por la fuerza que posee.

Después de esto, pueden seguir ciertos espíritus obcecados humillándose ante Inglaterra y sus secuaces, y adorando la mano que castiga a Irlanda y abofeteó moralmente a nuestra patria. Será ello muy progresivo y muy culto, pero, el sentimiento patriótico, el espíritu nacional ¿no tiene sus más firmes raíces en el corazón, independientemente de toda literatura exótica y del afán de notoriedad?

IV.—Alemania y los Estados Unidos

No está muy satisfecha la prensa de los países aliados de la respuesta del presidente Wilson a la nota alemana. No porque sea suave, ni siquiera porque desvanezca el peligro de ruptura, sino por no haberse producido el conflicto.

Wilson, aunque expone que ha mejorado el estado de relaciones entre los dos países, se ha valido de un lenguaje áspero y de un tono pedantesco, tomando una actitud de dómine que perdona por una vez al discípulo díscolo. Más tarde o más temprano es posible que los Estados Unidos se arrepientan de haber tenido un Presidente así, porque el choque entre la Unión Americana y Japón, primero, y

con la Gran Bretaña, después, son hechos que podrán aplazarse, pero que fatalmente han de tener lugar.

De momento, el conflicto ha sido conjurado. Se aceptan las vagas y condicionales promesas alemanas, haciéndose la reserva de no admitirlas en la parte que las condiciona a la conducta de Inglaterra, y se abre el camino a nuevas negociaciones. A los Estados Unidos les interesa más la vida de unas cuantas docenas de sus súbditos que se aventuren embarcados en la zona de guerra, que la existencia, el hambre y las privaciones—pues eso es lo que persiguen Francia e Inglaterra—de todos los ancianos, mujeres y niños alemanes. A este criterio se le ha llamado humanitarismo.

Claro es que el menor incidente o cualquier equivocación que cometa el comandante de un submarino alemán, restablecerá la cuestión a su anterior estado, agravada y con menos probabilidades de feliz solución. Estamos, pues, en un compás de espera, que hace posible las eventualidades más opuestas. La necesitaba Alemania para dar tiempo a que los Estados Unidos descubran por completo su actitud, toda vez que si este hecho se produce, cesarán las discrepancias de opinión en el Imperio y la acción del Gobierno será más vigorosa y tendrá todas las garantías de eficacia apetecibles, por responder a los deseos y a la conciencia nacionales. En este concepto, Alemania, a trueque de una pequeña humillación, tiene motivos para estar satisfecha. ¿Cómo se descubrirá, sin dudas ni perplejidades, la posición que tomen los Estados Unidos?

Si el Presidente Wilson tenía pendiente un pleito con Alemania, existe otro aplazado con Inglaterra, motivado por las arbitrarias interpretaciones que ésta da a sus derechos y a «la libertad de los mares». Parece natural que Wilson, que ya lo ha indicado en varias de sus notas, no demore más el arreglo de la divergencia entre sus puntos de vista y el británico, y esta negociación dará a conocer la imparcialidad o el partidismo del Presidente. Porque si los Estados Unidos se doblegan o aceptan el criterio inglés, que probablemente no se modificará, y paralelamente pretende prevalecer sobre el criterio alemán, será evidente que le inspira un sentimiento de hostilidad a Alemania y no un móvil de igualdad y rectitud. En tal caso, desaparecerían las dudas en los neutrales desapasionados, y volverían a unirse las voluntades alemanas frente a la América del Norte.

En este estado las cosas, lo más interesante es saber qué es lo que hará el Presidente Wilson, con respecto a Inglaterra, y la cuestión con Alemania pasará a segundo plano. Como los protagonistas son ya bastante conocidos, puede tenerse por seguro que Wilson, y por de contado Inglaterra, hará lo indecible por aplazar esta segunda parte de la gestión diplomática, esperando que un nuevo incidente agrie las relaciones con Alemania.

V.—Los apuros de Italia

La irritación latente, sorda, de Italia contra Inglaterra, no lleva trazas de desaparecer, antes se exacerba. La motiva, como sabe el lector, el encarecimiento de las subsistencias, la falta de primeras materias, la extinción casi total del comercio exterior.

El tonelaje de la flota italiana, que es aproximadamente de un millón de toneladas, sólo bastaba en tiempo de paz para cubrir el 20 por 100 de las necesidades del comercio marítimo, de suerte que, al dejar de frecuentar los puertos italianos las naves inglesas, francesas, etc., ha surgido al punto una honda crisis. Italia se debate en vanos esfuerzos, sin encontrar la ayuda que necesita, ayuda que sólo le podría prestar Inglaterra, pero que tampoco es posible, porque la Gran Bretaña necesita sus barcos para cubrir las atenciones nacionales.

De esa escasez de medios de transportes se ha originado el encarecimiento de los fletes, en proporciones aterradoras. La tonelada de carbón, que antes de la guerra costaba en Génova, por ejemplo, unas 30 liras, vale ahora más de 200; el 60 por 100 de este aumento se debe a la elevación de los fletes. Nada más que para las necesidades del Estado, representado por los ministerios de Marina y Guerra, y de las Compañías de ferrocarriles, se requieren 350.000 toneladas de carbón al mes, cantidad que difícilmente arriba a los puertos italianos, resultando que la industria y el pueblo atraviesan una crisis que no se sabe cómo resolver.

Otro terrible problema es el del trigo, del cual se necesitará importar unos tres millones de toneladas para cubrir el déficit del presente año. Antes, Italia se surtía de Rusia y Rumanía; ahora tiene que acudir a América; los fletes desde los Estados Unidos importan más de 180 liras por tonelada y desde Buenos Aires 211 liras oro, con tendencia al alza. Como además los viajes tienen mayor duración que desde los puertos del mar Negro, el tonelaje mercante disponible da menos rendimiento, de suerte que a la vez que aumenta el precio de los cereales, disminuye la cantidad de los mismos que arriba a Italia. El asunto es de una trascendencia suma para la tranquilidad interior.

En el mismo caso se encuentran el hierro, el acero, el cobre y otros metales de los que se hace un consumo enorme en tiempo de guerra. Se calcula que el total del carbón, cereales y metales que necesita Italia, suman más de 15 millones de toneladas. ¿Cómo es posible que Italia, con sus solos elementos, se baste a sí misma?

Dependiente de Inglaterra, en lo que atañe al comercio y a los fletes, a medida que se agrava su situación baja la lira, que tiene un descuento notable con respecto a la libra, algo más del 20 por 100. Estas cuestiones económicas están tan estrechamente enlazadas, que cada una de ellas influye sobre las demás y acaba por lesionarlas a todas.

Para salir del atolladero, pretenden los italianos que Inglaterra les lleve el carbón indispensable en barcos británicos, reservándose el pabellón italiano para el transporte de las demás mercaderías, con lo que se abaratarían todos los fletes y no se llegaría al caso, temido, de que llegue a faltar prácticamente alguna primera materia. El gobierno italiano ha intervenido en el asunto y se ha dirigido al británico, entablándose una negociación tan premiosa como difícil; porque el Gabinete inglés objeta que necesita para su país todo el tonelaje disponible, inferior al de antes de la guerra, y no puede acudir en auxilio de nadie con menoscabo de los intereses propios cuya custodia le ha sido confiada. En principio, tie-

nen razón los ingleses, aunque no cabe desconocer que podría hacer algo, y aun mucho, en favor de la nación aliada, contribuyendo a sacarla de la crisis. Pero a Inglaterra, y por consiguiente a Francia, les conviene que no se ponga Italia en condiciones de independencia, que acaso pusieran en peligro la alianza; desean tenerla sometida, sujeta, encadenada a la causa común, y a este efecto demoran cuanto pueden el dar satisfacción a las demandas italianas, prodigando los buenos deseos y las palabras cariñosas, y dándole de vez en cuando una pequeña ayuda, que evite un movimiento de ira o de abierta rebelión en la península de los Apeninos. Víctima Italia de sus propios yerros, no hay esperanza de que mejore su situación; para ella la guerra se presenta como una irremediable ruina, toda vez que quedará uncida al carro británico o tendrá que reconocerse derrotada por Austria. Esto sería lo más ventajoso desde el punto de vista de los intereses materiales; pero el amor propio nacional aceptará con preferencia el otro daño.

¿Habría todavía quien sostenga que Italia no se ha equivocado? Pudo anexionarse el Trentino y la región del Isonzo sin disparar un tiro, y al cabo de un año y de inmensos sacrificios sangrientos no ha dado un paso más allá de las líneas austriacas; pudo enriquecerse como nadie y ocupar el primer puesto en lejanos mercados, sin más que mantenerse neutral, y se ha empobrecido y arruinado ya; presumía de gran potencia, con medios para obrar como estimara conveniente, y desde el 21 de mayo de 1915 está en la órbita de Inglaterra, de la que no es más que un simple y poco valioso satélite. La presión de Britania, por una parte, y la atracción de los lirismos y entusiasmos fáciles, la han llevado a la triste situación en que se ve y de la cual es ella la única culpable. Pero si grande ha sido este error, mayor fué todavía el del 2 de agosto de 1914, porque si Italia hubiera tomado partido por sus aliados de entonces, hace mucho tiempo que gozaría de una paz ventajosísima, por el aplastamiento inmediato de Francia. No se han acreditado de sagaces los actuales políticos italianos; no supieron comprender que Italia, al lado de Alemania y Austria-Hungría, era un factor decisivo al que estaba reservado el papel más brillante; mientras que Italia, al lado de los aliados, era una fuerza muerta, sin valor, que revelaría y pondría al descubierto todas sus grandes flaquezas, sus débiles raíces, veladas por el poderoso mando austro-alemán que las protegía.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

Del cuartel de la guerra a Kaschau. Impresiones del camino

V

A las diez de la mañana tomamos el tren en la estación de Nagy-Bittre, en dirección Este, hacia el frente. El grupo está formado por el mayor Schröter, el activo capitán aposentador, dos tenientes y seis corresponsales de guerra. Hasta la estación nos acompañan varios oficiales y corresponsales que se

quedarán en el pueblo. En medio de los saludos y risas de todos, se pone el tren en movimiento. Otra vez el valle del Vag. A ambos lados los peñascos descubiertos cortados a pico. Sillein, Rosenberg,



Boquete abierto en la bóveda del metropolitano de París, por una bomba lanzada desde un zeppelin

Lipto son estaciones principales. Entre éstas hay una porción de otras más pequeñas, que en otros tiempos deben ser focos de paz y tranquilidad; pero que ahora están animadas por un conjunto de gentes de todas edades, calidades y lenguas. Rutenos, polacos, húngaros, judíos, alemanes... Son los millares de fugitivos que huyeron ante la invasión rusa y ahora vuelven poco a poco a sus antiguos hogares devastados por la guerra. En todas las caras se nota la ansiedad y el desasosiego que causa el temor de lo desconocido, de lo que pudo ser de su hacienda en manos enemigas, bajo la acción implacable de los shrapnels y las granadas. Son viejos y ancianas harapientos, descalzos, que en la prisa de la huida no pudieron sacar de los pueblos amenazados por el fuego y las balas, más que sus cuerpos mismos y sus hijos, para quienes formaron la base de un bienestar futuro en largos años de paz, ahora quizás transformada en cenizas y ruinas: todos los esfuerzos de su vida entera para asegurarse una ancianidad tranquila los arrastró consigo un momento de guerra, como arrastra un huracán las hojas secas. Son mujeres en pleno vigor de la vida; un hijo en los brazos o a las espaldas, cuyos maridos requeridos para la defensa de la patria las han abandonado el fruto de su amor en las entrañas: sus ojos se dirigen hacia el suelo, sus labios besan incansables las pálidas mejillas del nuevo ser que al nacer quizás no tuvo padre ya. Son jovencuelas, mozas garridas y niños de escuela, para quienes la vida no ofrecía sino placeres y alegrías, y ahora ven trocado el mundo entero; abren sus grandes ojos negros, asustados al primer golpe impío del destino, como si quisieran descubrir en lontananza una luz que aclare la negrura y la soledad del presente. Es la miseria que sembró la guerra...

Un niño de la mano, un liacho de ropas colgando del brazo, se encaraman lentamente en los vagones. El cuadro se repite ininterrumpido, en cada estación, cada vez más numeroso, cada vez más intenso y más conmovedor. El camino lo hacemos muy lentamente.

Trenes van y vienen, que encontramos, cruzamos, alcanzamos. Todos están repletos de soldados. Los que hacen más ruido en la algarabía de sus idiomas sin número son los que van al frente. Al pasar junto a nosotros prorrumpen en hurras y vivas, saludando respetuosos y alegres todo uniforme de oficial de nuestro tren. También los hay en que reina un silencio absoluto y ostentan una cruz en sus ventanillas. Transportan heridos hacia los lazaretos y hospitales del interior del país. Es de ver cómo el mismo gentío gritón y ruidoso de las estaciones y trenes apaga su alegría y omite todo ruido que pueda molestar a los pacientes, apenas se acerca un tren de éstos.

Durante todo el trayecto encontramos este aspecto guerrero de la región. La alegría sin igual de los soldados y el contento de ir a luchar por la patria, reunidos a la miseria que es causada directamente por los hechos de armas. Trenes, unos tras otros en fila interminable, a cuyas ventanillas asoman apretadas las cabezas cubiertas por el gracioso képis gris-azul de los soldados austriacos. En las plataformas se ve muchas veces las humeantes cocinas de campaña, como pequeñas locomotoras tiradas por las grandes. Cuecen constantemente el famoso *gulasch*, guisado húngaro de mucho consumo en estos países, procedente de Hungría. De ahí que los soldados denomi-



Los parlamentarios de la paz montenegrinos: teniente coronel Lompac a la izquierda; Matonoviis, Popovics ministro

nen estas cocinas ambulantes con el nombre significativo de «Gulaschkanonen», pues de sus entrañas sale el sabroso guiso, como de los cañones de 42 las granadas, humeantes y chisporroteantes.

Después de abandonar el Vag, que sube hacia el N. en un estrecho cañón rocalloso del Tatra, asciende la vía rudamente. El paisaje es magnífico. A nuestra izquierda se levantan los picos de Gerlsdorf, quizás los más elevados de los Cárpatos, formados de rocas calizas abajo, en estrías horizontales que van adquiriendo un color azulado, primero ligerísimo, después más profundo, a medida que aumentan en elevación, hasta confundirse con el azul del cielo en esta mañana de sol, como si de él adquirieran el color que ostentan. A la derecha los montes son más bajos y de una vegetación más abundante. Cuando pasamos frente a una quebrada de la cordillera, entre dos elevaciones escarpadas, descúbranse en el S. picos de menor elevación, decrecientes, de faldas más extendidas y más oscuras, donde brillan cual blancas ovejas que pastaran tranquilas, los claros techos de caseríos selváticos iluminados por los rayos de mediodía del astro rey.

El camino desciende enseguida lentamente y el tren se desliza sobre los rieles de hierro, con mayor majestad y menos ruido, impulsado por la inercia que aprovecha para rehacerse de sus esfuerzos perdidos. Para colmo de nuestra felicidad, háse hecho cargo del almuerzo el capitán aposentador y se ha esmerado en el arreglo del menú, regado abundantemente con el vino de la región, el *Tokayer* húngaro.

Al humo grato del cigarro escuchamos las palabras sabias del profesor sueco Dr. Serenson. Es un amigo sincero de la poca conocida filosofía húngara y nos la ensalza, fundando su glorificación de la vida y de los placeres terrenales en la naturaleza misma del país que habitan los húngaros desde hace tantos siglos, que despierta y sostiene en sus habitantes el amor de la existencia, aun en la mayor miseria y tras de los más ingratos contratiempos.

Thöne, el prestigioso pintor del «Simplicissimus», ha encontrado en mí un agradable compañero en cuanto le ayudo con mi participación a descubrir las bellezas de la región. Su ojo de artista, descubriendo todas las variantes del paisaje, no deja pasar inadvertido ningún aspecto nuevo. Ve cómo las casas son cada vez más bajas y más pobres, comparadas con las de los Cárpatos occidentales, más ricos y poblados. Los apacibles chalets, que a veces parecían verdaderos palacios, con jardines y bosques bien cuidados, ya no se presentan a nuestra vista. De vez en cuando descubre la mirada sobre las rocas, en la cúspide de un cerro, las espesas paredes carcomidas de algún viejo castillo en ruinas, remoto indicio del poderío de algún señor feudal. En las praderas, cada vez más amplias y planas, que unen los montes, brilla el trigo, como oro en espigas, maduro ya para la siega; también lo hay ya cortado, parado en montoncitos equidistantes, esperando la mano robusta que lo lleve a la trilla. Los habitantes de la región respiran pobreza, sus coloridos trajes están sucios y desarreglados.

Cuando volvemos un instante al corrillo que se ha formado en torno del profesor Serenson, escuchamos a éste disertar todavía ya no sobre los húngaros, sino, remontándose al pasado, sobre los hunos, que venidos de las fronteras de la China, hicieron retroceder ante su furor salvaje a todos los pueblos que encontraron al paso. «En esta dirección—

agrega, señalando con la mano extendida un punto imaginario tras los montes—junto a Tokej, que presta el nombre al vino que hace un momento ensalzábamos, allí tenía su palacio magnífico y rico el temido Atila, señor de los hunos, cuyo poderío aumentó la valentía incomparable de sus pueblos en tal grado, que a su voz obedecían los más variados pueblos, desde el mar del Norte hasta los Alpes y desde el Rhin hasta el Cáucaso, los orgullosos emperadores de Bizancio contábanle anualmente un tributo de dos millones de marcos y su soberbia llegó hasta el grado de aspirar a la mano de una princesa de sangre imperial del Imperio romano de Oriente...»

Más moderno es el cónsul general von Roylh, actualmente corresponsal de un diario holandés, quien conoce en detalle toda la campaña austriaca. Su mayor contento lo producen las gentes de las estaciones a quienes interroga en todos los idiomas sobre asuntos del pueblo y de personas conocidas. Desde el principio de la guerra se incorporó al cuartel de la prensa austriaco y sabe contar mil episodios de que ha sido testigo.

En Kaschau bajamos a comer al restaurant. Instalados de nuevo en nuestros respectivos cupés empiezo a andar el tren. Mientras tomamos el café y fumamos el cigarro de sobremesa, se va escondiendo el sol tras de los picos coronados de luz, el nácar y oro del cielo en el horizonte va debilitándose por grados, hasta desaparecer por completo y el azul del firmamento se oscurece, para formar el fondo negro salpicado de estrellas.

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los altos hechos de don Gelasio

(El señor B).—No, no crea V. que le temo, don Subrio; espero su acometida.

—¡Así me gustan los bravos! ¿Qué, han conquistado ustedes algún otro puerto de Grecia? Mi parabién.

(El señor B).—No se haga V. el cándido, y venga lo que me quiere V. decir sobre la rendición de Kut-el-Amara; ya ve V. que soy yo el que inicia la conversación.

—¡Kut el-Amara! ¿Quién se acuerda de ello? ¿No había declarado previamente el Gobierno inglés que aquello no tenía importancia? Lo único deplorable es que para ese resultado se haya hecho pasar tanta hambre al pobre general Townshend y a sus soldados; si hubieran sido rusos, menos mal; pero ¡ingleses! ¡sin rostbeaf ni el té de las cinco! Ya sabe V. lo que reza el proverbio: Ir por Bagdad y volver por Kut, esto es, con dolor de estómago. Todo por causa de las malditas inundaciones del Tigris; durante miles de años se había creído que por allí estaba el Paraíso terrenal, y ahora los ingleses han descubierto que no hay más que inundaciones y crecidas que impiden el avance,... pero no la retirada. Debe andar por medio la famosa serpiente que hipnotizó a nuestra madre Eva, en aquellos felices y apacibles tiempos en que aún no había ingleses, es decir, sombras sobre la tierra.

(El señor B).—¿Ha concluido V. sus salmodias sobre su eterna preocupación?

—Aún no he empezado; lo que llevo dicho no es más que el introito. ¿Marcha viento en popa la protección a los oprimidos, mister destacador de entuertos? Bélgica está que no cabe en sí de gozo desde que a ustedes se les ocurrió protegerla; Serbia ha tenido que cambiar de domicilio para disfrutar mejor de las bondades británicas; Montenegro ha desaparecido de los periódicos, o sea de la civilización; Grecia lleva camino de olvidar el griego; Portugal se baña en agua de submarinos; Irlanda... ¿qué opina V. de Irlanda?

(El señor B).—No me recuerde V. la infamia última. ¡Alzarse contra su protectora! ¡Hacer armas contra la nación más libre del mundo! ¡Disparar los fusiles contra...!

—Comprendido, señor B; doblemos la hoja; es un asunto demasiado grave para tratarlo en broma; yo, no transigiría. Compadezca V. conmigo a los irlandeses y deséales que terminen pronto sus tribulaciones, aunque se entristezcan los literatos.

(El señor A).—Que sin excepción o poco menos figuran en las filas aliadófilas.

—Así como en las contrarias los hombres de acción, los que ustedes llaman prosaicos y materializados. Yo creo más útiles a la república éstos que aquellos; la diversión y el esparcimiento son útiles y necesarios, pero antes hay que atender a las apremiantes exigencias de la vida, primera *panem* y luego, en segundo término *circenses*.

(El señor A).—¿No le dice a V. nada el hecho de que los intelectuales piensen como el señor B y como yo? ¿No es el entendimiento lo más noble del hombre?

—En sí mismo, no es noble ni plebeyo; todo depende del uso que de él se haga, de los frutos que rinda. Lo mismo puede producir obras geniales que disparates monstruosos; cuando se sale de su esfera propia, suele caer en el ridículo.

(El señor A).—Mire V. don Subrio: me bastaría saber que la intelectualidad piensa de un modo determinado, para rendirme yo a su opinión. Un conjunto de poderosas inteligencias no puede errar, ha de acertar, quiera o no quiera.

—Con permiso de V., está V. desbarrando. El literato X será una eminencia en estudios de los clásicos, pero de las necesidades y de las conveniencias del país, no sabe una palabra; el comediógrafo Y traducirá o adaptará a la perfección una comedia o un drama, y a veces escribirá algo original; más sus conocimientos políticos, financieros, etc., correrán parejas con las de su zapatero; el crítico Z será un erudito admirable; pero en industria, comercio y milicia es un perfecto analfabeto; tal que escribe líneas cortas en forma de versos, no sabe quien fue Felipe II, porque sus estudios históricos se han limitado a la lectura de algún libelo, no merece otro nombre, traducido del inglés o francés; cual, que fabrica novelas, ignora dónde está Palencia y cuáles son nuestras fronteras... Pues bien, toda esa colección de caballeros, que viven fuera de la realidad y atienden a su subsistencia especulando en un medio que no es el que nos sustenta, se ha erigido en comunidad de doctores y predica el odio a Alemania. Es un acto de locura como cualquiera. Merecerían

que les encerrásemos a pan y agua una temporada y que les obligáramos luego a ganarse los garbanzos con el sudor de su frente, que no es lo mismo que divagar con su imaginación. ¿Qué entienden ni qué saben esos infelices de lo que conviene a la nación? Cuando se trate de algo literario o pictórico, bueno que se les llame a consejo; en todo lo restante, me fío más de lo que diga cualquier hombre que no presuma tanto.

(El señor A).—¿Cómo explicaría V., según eso, la unanimidad de pareceres que reina entre los literatos? ¿Por qué no se han inclinado a favor de los Imperios centrales? ¿Por algo será! y ese algo es la pureza, la nobleza de la esfera intelectual en que se mueven.

—Ni por asomo. El secreto es otro, mucho más vulgar. En Francia y en Inglaterra se practican los cantos de las sirenas: mucho lirismo, mucho arte, derechos del hombre, de los pueblos, de las nacionalidades y hasta de los caballos, libertades, igualdades, fraternidades, formas impecables, dulzura de dicción, cuanto puede contribuir a cazar a los incautos; los que no sirven para la lucha, para la rudísima lucha por la existencia y cultivan con preferencia el satánico yo, se dejan cazar como alondras, acuden como mariposillas a la luz, sin parar mientes en que detrás de los bardos y artistas britanos y galos, hay otros hombres más prácticos que se dedican a conquistar todo lo conquistable y a monopolizar el comercio, la industria, los negocios, de quienes están con la boca abierta oyendo las armonías de los Orfeos modernos, que por el dorso son taimados Mercurios. He aquí por qué los que modestamente se llaman a sí mismos intelectuales, cuando no sabios, corren detrás del oropel, que está en Francia y Alemania; los que por deber o por convicción tenemos que preocuparnos de otros asuntos más substanciales, apartamos la hojarasca, vemos las negruras que hay debajo y hacemos ¡fúl, como los gatos.

(El señor A).—¿Qué negruras ni qué exageraciones son esas?

—¡Apenas! Dé V. un repaso a la historia, como le recomendé en la primera conversación, y pensará V. en español y no en literato, créalo V.

(El señor A).—¿O sea a favor de Alemania? ¡No se forje V. ilusiones!

—Yo no sé si a favor de nadie, pero seguramente en contra de alguien, sí, sin que ello signifique que yo predique la muerte y el exterminio del prójimo; nada de eso; ahora, que si un tercero me favorece por carambola, ¿cómo no he de alegrarme?

(El señor B).—Italia no está en el caso de Inglaterra y Francia, y no la ha citado V.; sin embargo, Italia también está contra los Imperios centrales. ¿Qué me dice V. de esto?

—Que ni V. ni yo sabemos lo que piensa y lo que quiere Italia, la verdadera Italia. Por ahora sólo conocemos los altos hechos—altos porque se desarrollaron a la altitud de tres mil metros—de Don Gelasio, así, con el Don y todo, que le han adjudicado los ingleses.

(El señor B).—¡Ja, ja! ¿Quién es Don Gelasio y cuáles sus hechos?

—Es una historia muy curiosa: el Duque de Sermoneta tuvo cinco hijos; podían haber sido más y menos, pero fueron cinco. El mayor se llamó prín-



Interior de una casa de campo de la Polonia rusa



Oficiales de Zuavos (franceses) en Flandes, contemplando el cadáver de un compañero



Llegada del correo militar alemán en la Galizia reconquistada



Una patrulla inglesa en las dunas de Flandes

cipe Don Teano; otro fué Don Livio, que falleció de pulmonía hace cinco meses, al regresar del frente.

(El señor A).—¿Qué camelancias nos está V. colocando, don Subrio?

—Paciencia, que la cuesta es pesada y no conviene fatigarse. El tercer hijo del Duque de Sermoneta es Don Gelasio, que ejercía su profesión de ingeniero en San Francisco de California; en octubre de 1914 olió que su país iba a intervenir en la guerra y tomó el vapor y regresó a Italia para contribuir al triunfo de Cadorna. Siete meses después, confirmada la sensación de su nariz, fué destinado a la aviación, dadas sus aficiones a remontarse a las cumbres, pero más tarde pasó al servicio de ingenieros, y, recordando que Napoleón se hizo célebre en el sitio de Tolón, decidió alcanzar la inmortalidad en la busca y captura del Col di Lana. Era en aquella época en que los alpini hacían ejercicios acrobáticos en la cuerda, escalando picos y descolgándose por precipicios. En agosto de 1915, Don Gelasio llegó al Col, sacó un proyecto que llevaba en el bolsillo, dejó atónitos a los generales, que aprobaron su plan, y puso manos a la obra. Advierto a ustedes que lo que estoy narrando es cierto, exacto, histórico y comprobado, sin que en ello tenga nada que ver el glorioso tuerto, que no es Camöens, sino Annunzio. Los trabajos se desenvolvieron felizmente, y al cabo de ocho meses el Col, ya sin lana, cayó en manos de los italianos. Parece que éstos piensan aplicar el mismo método a todas y a cada una de las posiciones austriacas, para terminar la guerra el siglo xxvii.

(El señor B).—¿Es secreto ese método? Apíadese V. de nosotros; no nos tenga impacientes.

—¿No lo he dicho? Don Gelasio construyó un túnel de tres kilómetros de largo, que iba a parar debajo del fuerte austriaco, puso una carga explosiva en el extremo y.... ¿Comprenden ustedes ahora cuán ficticia y aparente es la pasividad de los italianos? Entre los aliados nadie les aventaja en ingenio y actividad, según el sistema de Don Gelasio.

SUBRIO ESCÁPULA

DEFENSA AÉREA DE LAS CIUDADES

Continuando en el *Times* sus estudios sobre aeroplanos y dirigibles, monsieur Georges Prade discute la defensa aérea de las poblaciones.

Los zeppelines, que pueden permanecer en el aire todo un día y navegar de noche, llegan a cubierto de la obscuridad, que les hace casi invisibles, y regresan al amanecer. A un avión le es casi imposible seguir de noche una ruta determinada, pero no les sucede lo mismo a los zeppelines, que se guían por la brújula y pueden recibir indicaciones radio-telegráficas. Si el firmamento está nublado es muy probable que el zeppelin quede inadvertido. A pesar de todo, es muy difícil batir desde el aire un blanco determinado.

Lo principal es descubrir a tiempo la aproximación del enemigo. La vigilancia ha de encomendarse tanto a la vista como al oído, rodeando la ciudad de una zona de silencio, lo cual es imposible, por el ruido de las olas, cerca del mar. Cabe también dividir imaginariamente el firmamento en cuadrículas

que sean constantemente observadas por telescopios, lo cual ha dado buenos resultados en Francia.

Una vez descubierto el zeppelin, lo esencial es no perderlo de vista y atacarle. Con este objeto, se emplea la artillería de tierra antes de que la aeronave llegue a su destino; entonces el zeppelin navega relativamente a poca altura, porque aún lleva la carga de sus bombas. Los proyectores desde tierra y los aeroplanos en el aire exploran la ruta más probable; si descubren al monstruo y les es dado remontarse a la misma altitud, el ataque es relativamente fácil. La mejor posición para un aeroplano es detrás y debajo del zeppelin, volando en la misma dirección.

Una granada puede atravesar un zeppelin sin incendiarlo, así como brotar un incendio en él sin hacer explosión. En los zeppelines del último tipo, el espacio entre los globitos y la envuelta está ocupado por un gas no inflamable que, si ardiera el hidrógeno, extinguiría el incendio, impidiendo al oxígeno de la atmósfera ponerse en contacto con el hidrógeno.

Las medidas preventivas han de adoptarse en cuanto se reciba aviso de la aproximación del zeppelin. Las noticias deben transmitirse a los aeroplanos por medio de luces de colores, o un sistema combinado de señales, que indican al piloto en qué cuadrícula se encuentra el zeppelin. Esta exploración cesará así que el zeppelin entre en la zona de acción de las baterías, a menos que sea descubierto y perseguido por los aeroplanos, los cuales le darán caza aún a riesgo de ponerse al alcance de los cañones de tierra.

El fuego se regulará por los telémetros, para que los cálculos sean muy rápidos. Tomará la forma de una barrera de fuego delante del camino que sigue el zeppelin. Conviene que el tiro sea observado desde puestos laterales y telefoneado a las piezas. Los artilleros que disparan no pueden advertir si el proyectil queda corto o largo, demasiado alto o bajo; la apreciación ha de hacerse horizontalmente.

No merece ser recomendado el empleo de cañones de calibre relativamente grande, que disparen granadas a 3.000 metros de altura y cubran una vasta superficie con sus cascos. La dimensión que puede servir de base para el cálculo del tiro es de 160 metros.

Si el zeppelin escapa a las dos barreras de fuego, de ida y regreso, la caza ha de desarrollarse a mayor altitud. Un dirigible de 10.000 metros cúbicos se remonta 800 metros después de lanzar 3.000 libras de bombas. Por este motivo suelen llegar a la altitud de 2.000 metros y regresar a la de 3.000 metros.

Sería conveniente tener siempre aviones preparados a partir, así como el empleo de algunos globos cautivos que, a la altura de 1.600 metros, se mantuviesen en la ruta probable de los zeppelines; estos globos, con dos hombres en la barquilla, habrían de estar en enlace telefónico con el aeródromo desde el cual se hicieran señales luminosas, y llevar algunos cometas-paracaídas de colores, para indicar en qué puesto ha sido visto el enemigo. Sería difícil utilizar estos globos cautivos con micrófonos, a causa del ruido del cable de acero.

La unidad atacada debe de estar en completa obscuridad, aunque ello no basta si la población está a orillas de un gran río; casi siempre se observa una

cierta reflexión de luz en las aguas. Cualquier luz que indique el objetivo favorece extraordinariamente al atacante, el cual puede, sin peligro para sí mismo, lanzar sus bombas desde grandísima altura, sin ser visto, porque un zeppelin puede cruzar sobre París, por ejemplo, en seis minutos.

LAS EDADES DE LOS GENERALES

Véanse las edades de los principales generales ingleses, franceses y alemanes:

INGLATERRA

Sir D. Haigh, 55 años; sir H. Plumer, 59; sir H. Rawlinson, 52; sir C. Monro, 56; Allembury, 55; Pulteney, 55; sir C. Fergusson, 51; Byng, 54; Alderson, 37; sir H. Wilson, 52; Haking, 54; Gough, 46; Birdwood, 51; Hunter-Weston, 52; Lord Kavan, 51;

Keir, 60; Fanshawe, 56; Morland, 51; Snow, 58; Congreve, 54. Promedio de edades, 53,9.

FRANCIA

Joffre, 64; de Castelnau, 65; Foch, 65; Langle de Cary, 67; Pétain, 60; Dubail, 65; Villaret, 64; Roques, 60; Humbert, 55; Gouraud, 47; Franchet de Esperey, 60; d'Urbal, 58; Hély d'Oissel, 55; Dubois, 64; de Maud'huy, 60. Promedio de edades, 60,5.

ALEMANIA

Von Scholtz, 65; von Fabeck, 62; von Eichhorn, 68; príncipe Leopoldo de Baviera, 70; von Woyrsch, 69; von Linsingen, 66; von Bothmer, 64; von Hindenburg, 69; von Mackensen, 71; duque Alberto de Wurtemberg, 51; príncipe real de Baviera, 47; von Heeringen, 66; von Einem, 63; príncipe imperial, 34; von Strantz, 63; von Gade, 64; von Falkenhause, 72; von Kluck, 70; von Bessler, 66; von Bulow, 70; von Below, 63. Promedio de edades, 63,5 y si se excluye a los generales que son príncipes de las casas reinantes, el promedio es de 65,66.

CRÓNICA MILITAR

I. Ampliación de los objetivos militares en la nueva fase de la guerra.—II. Los combates en el aire.—III. El último año de guerra.—IV El teatro decisivo.—V. La situación el 13 de mayo.

I.—Ampliación de los objetivos militares en la nueva fase de la guerra

Como el entendimiento humano es finito, pese a su petulancia, no ha habido guerra que no haya producido hondas sorpresas a sus contemporáneos, porque nuestro juicio se funda siempre en lo pasado y de éste pretendemos descubrir el porvenir. Esto es lo que ha acontecido con el presente conflicto, que se desarrolla contra las hipótesis y vaticinios de pensadores, estadistas y militares. Sólo a posteriori es cuando se encuentra la explicación de las novedades; y la explicación, en síntesis, es la siguiente:

Persiguiendo el robustecimiento del poderío militar, se amplió el concepto del ejército—según dije en otra ocasión—, pasando del servicio general obligatorio a la organización y preparación de todas las energías nacionales, es decir, que no se cuenta simplemente, para la conquista o la defensa, con el ejército propiamente dicho, que es uno de los organismos del Estado, sino con toda la nación. Luego el objetivo de la guerra ha de ser más amplio que antes: el golpe, para ser eficaz, ha de llegar a las raíces del ejército, al pueblo mismo. Por otra parte, los ejércitos de nuestros tiempos son tan numerosos y tantos los medios de comunicación, que resulta punto menos que imposible la destrucción de la masa principal enemiga como resultado de una batalla. La finalidad puramente militar de estas grandes guerras, no basta ya para decidir las; es menester ampliarla, y entonces resurgen los viejos objetivos geográficos, políticos, comerciales, como auxiliares del esencial, el militar, es cierto, pero imprescindibles e inseparables de él.

Más que la derrota de sus ejércitos, se duelen los rusos de la pérdida de ricos territorios; Francia desea la victoria militar como medio de recuperar sus departamentos de N. E.; los alemanes, aunque no lo declaran, se conformarían con retener lo conquistado al iniciarse las negociaciones de paz. Y Alemania es la primera que ha visto con claridad esa derivación de los objetivos militares hacia otros más generales; demuéstrole la prisa con que al interrumpir sus ofensivas en el E. y O. se atrincheraron en el terreno ganado; sabían que obrando así invitaban al enemigo a hacer lo mismo y enterraban la guerra de maniobra, pero también les constaba que lo mejor es enemigo de lo bueno. Su único error lo padecieron al principio de la campaña, lo he dicho varias veces: corriendo tras del ejército francés, despreciaron la ocupación del litoral de la Mancha, y este error ha sido, tal vez, la causa única de que la guerra aún dure. ¡Cuántas veces se habrán arrepentido de haber aplicado demasiado al pie de la letra las doctrinas de Moltke! Las de Napoleón eran más grandes y abrazaban los objetivos políticos y geográficos.

Cuanto más se prolongue la campaña, menos importancia tendrán los fines genuinamente militares, y en compensación se agrandarán los auxiliares. No se lucha ya por destruir o derrotar decisivamente al ejército enemigo, sino por vencer al pueblo enemigo, que es más, bastante más, que las fuerzas militares.

Las operaciones venideras habrán de juzgarse desde este punto de vista más general, para apreciarlas en su verdadero alcance.

II.—Los combates en el aire

El 19 de marzo, una escuadrilla de 23 aviones franceses atacó el campo de aviación alemán de Habsheim y los alrededores de Mulhouse; advertida oportunamente su aproximación, otra fuerte escuadrilla alemana—que los franceses suponen compuesta de 30 aeroplanos—se adelantó a recibirla, y se trabó en el aire una verdadera batalla, la más importante de las de este género reñidas hasta ahora. Han podido reconstituirse algunos detalles interesantes, que dan a conocer la grandeza de esta clase de luchas y las dotes excepcionales de serenidad y bravura que han de poseer los pilotos y tripulantes.

Apenas los aparatos franceses que iban en cabeza franquearon las líneas alemanas, una tempestad de fuego les acogió; simultáneamente fueron apareciendo en el horizonte los aviones alemanes, que no maniobraron hasta haber formado una línea que cortara el paso al ataque. Un biplano se dirigió en línea

fectos en otros varios. Los alemanes perdieron dos aparatos y resultaron otros con averías.

En esta batalla aérea se patentizó una vez más la superioridad del fockker, como avión de combate, por su gran velocidad y facilidad de maniobra.

La táctica empleada en los combates aéreos es todavía elemental; faltaba la experiencia, que ya ha comenzado a hablar. No terminará la guerra sin que surjan normas y principios que marquen una orientación fija. En encuentros anteriores al del 18 de marzo, aunque el número de actores fué menor, no se vió una acción de conjunto tan concertada como la desenvuelta aquel día por las escuadrillas. Si se libran batallas navales en el mar del Norte, es probable que la táctica de la aviación dé un gran paso, porque las escuadras beligerantes irán acompañadas por numerosos dirigibles y aeroplanos. Lo que sí se ha conseguido ya en términos bastante satisfactorios, es mantener, durante todo el vuelo, la dirección del avión almirante sobre los demás de la escuadrilla,

que maniobran, en general, siguiendo las indicaciones de aquel. Al mismo tiempo se observa una notoria tendencia a prescindir de los vuelos de reconocimiento, observación y ataque por aparatos aislados; se forman casi siempre escuadrillas más o menos numerosas, de composición variable en los tipos de aviones, según las misiones que deben desempeñar.

III.—El último año de guerra

En 15 de mayo de 1915, la situación militar en los diversos teatros de operaciones era la siguiente, en términos generales:

En el frente ruso habían sido derrotados los moskovitas en la línea del Dunayec y comenzaba la retirada desde los Cárpatos; había indicios de que el general Ivanow se preparaba a emprender una contraofensiva, que efectivamente ejercitó; nada hacía presumir que la situación en Polonia iba a cambiar radicalmente, y menos aún se sospechaba la invasión de Curlandia. Más de la mitad de Galizia continuaba en manos de los rusos, permanecían detenidos los alemanes en las líneas del Bayka y del Bzura, ante Varsovia, se mantenía incólume la cortina

de fortalezas del Niemen y Vístula, y se creía, generalmente, tomando como base lo acontecido en los anteriores y fracasados ataques, que les sería imposible o les costaría muchísimo tiempo y extraordinarias pérdidas a los alemanes forzar y apoderarse de aquellas defensas. Vilna se la creía a cubierto de un ataque y no en hipótesis se admitía que Brest-Litovsk pudiera ver al invasor dentro de sus muros. En 15 de mayo de 1916, a excepción de un pequeño sector de la Galizia oriental, los austro-alemanes se encuentran muy adentro del territorio ruso, sin una plaza fuerte digna de este nombre que se les oponga, desde Rovno al N.; el ejército ruso que constituía el nervio de la fuerza del Imperio, no existe; sus elementos quedaron tendidos en los campos de batalla, puestos en dispersión y embebidos en cuerpos de formación reciente, o prisioneros en los Imperios centrales. Todo el alto mando ha sido rele-



Oficiales franceses prisioneros presenciando en Peronne la partida de los soldados, también prisioneros, que antes mandaban

recta hacia esta cortina, para atravesarla por uno de los claros; acometido por dos fockkers, fué puesto inmediatamente fuera de combate y se precipitó a tierra, donde se estrelló. Pocos momentos después, un segundo avión corrió la misma suerte. Estos primeros encuentros descompusieron las líneas; aprovechando esta circunstancia favorable, los franceses persisten en su avance, mientras los alemanes procuran atacarles. Un tercer avión francés queda inutilizado por un fockker; éste y aquel descienden envueltos en llamas; un cuarto avión recibe graves averías; el piloto emprende el vuelo de retorno, y aunque gravemente herido, así como el bombardero, consigue salvar el aparato. Una parte de la escuadrilla francesa, rechazada, vuelve la proa, pero el resto consigue llegar a Mulhouse y Habsheim y arrojar algunas bombas, no sin que este esfuerzo cueste la pérdida de un cuarto aeroplano y serios desper-

vado y el Czar ha tenido que asumir la dirección personal de sus ejércitos; un número enorme de fusiles, cañones y ametralladoras y demás material de guerra está en poder de los austro-alemanes. Las tentativas de los rusos para romper las líneas enemigas, han fracasado por completo, y se ha demostrado que una débil red de fuerzas germanas puede paralizar la acción de todo el ejército moskovita. El balance de un año de guerra, no puede ser más funesto para las tropas del Czar.

En el frente serbio las operaciones estaban en suspenso, pero se admitía como más probable una invasión de los serbios en Austria, que un ataque de los austro-húngaros contra Serbia. No se había borrado de la memoria de nadie el desastre final de

Los personajes más significados de Francia y de Inglaterra, no se recataban de anunciar que Constantinopla sería conquistada, y la situación de Turquía llegó a ser realmente grave. La escuadra anglo-francesa en oriente fué reforzada, y se creyó que iba a efectuarse algún desembarco en las costas de Siria. Inglaterra reunió un fortísimo ejército en Egipto y anunció la invasión de Mesopotamia, mediante la marcha de su tropas establecidas meses antes en la región de Chat-el-Arab, junto al golfo Pérsico. Al cabo de un año, la expedición a Gallípoli se ha convertido en uno de los mayores fracasos de los tiempos modernos; la invasión de Mesopotamia constituye una serie de derrotas, de trascendencia mayor desde el punto de vista moral que desde el material,



Mortero austriaco de 30.5 centímetros, en el momento del disparo

la campaña de los últimos en noviembre y diciembre de 1914. Hoy, Serbia no existe, Montenegro ha capitulado, casi toda la Albania está dominada por los austriacos, y Bulgaria forma al lado de los Imperios centrales, habiendo quedado expedita y abierta la comunicación entre el centro de Europa y Turquía, Grecia permanece neutral, y parece despejada la actitud equívoca de Rumanía.

Más hacia oriente, los aliados acababan de desembarcar en la península de Gallípoli, venciendo la resistencia opuesta por los turcos, y aunque no habían ganado terreno hacia el estrecho de Chanak, su situación en el extremo S. de la península era firme,

para Inglaterra, cuyo prestigio ha padecido extraordinariamente en Asia; Turquía ha quedado libre de la presión de las naciones occidentales.

Un hecho nuevo ha acaecido. La ocupación de Salónica por los aliados. Efectuada, como la de otras islas y puertos, a expensas de Grecia, la consecuencia positiva de aquel acontecimiento es que no ha sido bastante a sacar de la neutralidad a los griegos, y que un núcleo alemán que no debe exceder mucho de 50.000 hombres, tiene en jaque, inmovilizados, inactivos, estériles, a 250 ó 300.000 aliados. Ello equivale a una derrota de éstos.

Abortada la expedición de los turcos contra el

canal de Suez, por la deficiente preparación y deplorable ejecución de la empresa, no se ha modificado la situación en la frontera oriental de Egipto. Sucesos recientes han puesto de manifiesto que los otomanos continúan a corta distancia del canal y que el peligro que se cierne sobre éste no ha desaparecido. Ha habido insurrecciones en Egipto, y los libios han realizado incursiones atrevidas en el protectorado británico, incursiones que, si bien han sido rechazadas, obligan a los ingleses a no debilitar sus tropas de ocupación.

En el Cáucaso, los turcos habían traspuesto la frontera rusa, y tras algunos éxitos efímeros, se batían en retirada, manteniéndose, empero, algunas fuerzas en territorio enemigo. En mayo de 1916, los turcos han sido derrotados, Erzerum y Trebisonda están bajo la bandera rusa y gran parte de la Armenia ha corrido la misma suerte. En este teatro, la balanza se ha inclinado resueltamente a favor de los moskovitas, pero los indicios son de que la campaña no ha terminado aún y que la actual situación no es definitiva.

En el frente occidental, los alemanes acaban de efectuar un pequeño avance en el sector de Ipres; desde noviembre del año anterior, los franco-ingleses no habían intentado ninguna fuerte acometida, pero declaraban sin embozo que se preparaban para ella y que los alemanes serían arrojados de Francia. La prueba tuvo lugar en septiembre, con el resultado conocido, en los campos de Champaña: ciento cincuenta mil bajas produjo a los franceses la conquista de cuarenta kilómetros cuadrados, y en el Artois, cerca de cien mil hombres pagaron con su sangre una ventaja todavía menor. No sólo no quedaron rotas las líneas alemanas, sino que el invasor, mediante pequeños y sucesivos contraataques, restableció la situación en muchos puntos a su estado anterior. Como consecuencia, se dijo que Inglaterra haría un esfuerzo y que se repetiría la ofensiva con carácter más general. Pero antes de que sonara la hora de esta acción, los alemanes, ganando 200 kilómetros cuadrados de terreno en la región de Verdun, han dislocado y trastornado todo el frente aliado, han agotado las reservas francesas, y la ofensiva anunciada ya no se realizará probablemente. En este teatro, el aspecto de conjunto no ha cambiado, pero los alemanes han impuesto su iniciativa, cosa que no había tenido lugar desde los primeros días de septiembre de 1914. Se ha patentizado que el ejército francés es el más fuerte entre los aliados, pero al mismo tiempo se ha corroborado la convicción de que la voluntad y la energía no se han apartado del bando alemán.

Hace un año Italia no había entrado en el palenque; su intervención, con todo, no ofrecía ya dudas. Las ofertas hechas por Austria para evitar que su antigua aliada se lanzara contra ella, hacían creer que los italianos arrollarían la defensa de sus adversarios, y que éstos tendrían que abandonar la acción contra Rusia, que se estaba a la sazón desenvolviendo, o batirse en retirada ante los austriacos. Hoy, la acción italiana no es más que un mero episodio, que apenas influye en lo que sucede en los demás frentes. Por si esto fuera poco, los italianos, que querían ocupar toda la Albania, y lo intentaron, con miras a extenderse por la Dalmacia, están encerrados

en Vallona, único punto de la península de los Balcanes que aún conservan.

Independientemente de estos acontecimientos, exclusivamente militares, los doce meses transcurridos han demostrado la eficacia de los submarinos, que no pocas personas consideraban dudosa, y la de los zeppelines, que han extendido sobre Inglaterra los horrores y las angustias de la guerra. La Gran Bretaña, que se jactaba de obtener una paz victoriosa dentro del presente año de 1916, ha tenido que reconocer la insuficiencia de sus esfuerzos, incluso de la implantación del servicio militar general, y ha aplazado la realización de sus esperanzas hasta 1918. Las tropas italianas que se encontraban en el interior de Libia, se han replegado al litoral. Ha habido un alzamiento en Irlanda. Sólo en Africa han sido desafortunados los alemanes, como era lógico. El Africa occidental alemana y el Camerón, están bajo el poder de Inglaterra, y el Africa oriental, aunque se defiende briosamente, lleva el camino de correr la misma suerte.

Resumiendo, se advierte que en el último año los aliados no han conseguido realizar ni uno solo de sus deseos, y que las operaciones militares han tenido consecuencias funestas para ellos. Hoy están mucho más lejos de la victoria que un año atrás, y, por consiguiente, les sucede lo contrario a sus adversarios. Esto es lo que se deduce de los hechos. Las profecías y anuncios sobre la falta de reservas de los alemanes y la existencia de muchos millones de rusos e ingleses prestos a formar nuevos ejércitos, sólo tendrán valor cuando la realidad lo confirme; sobre que, hartos se está patentizando que no siempre la fuerza material es sinónima de superioridad.

Si dentro de un año el nuevo balance de la guerra conduce a las mismas consecuencias, no se comprende cómo los aliados podrán continuar la lucha, porque ni Francia se encontrará en disposición de padecer nuevos y grandes desengaños, ni Rusia soportará otros desastres, ni Italia, sobre la que se volverán las armas que destruyeron a Serbia y ocuparon Albania, seguir haciendo frente a los austriacos, ni el desprestigio militar inglés más en decadencia. Mientras que para restablecer la situación a como se encontraba un año atrás, los aliados tendrán que ganar estupendas victorias y desarrollar un esfuerzo de que hasta ahora no han sido capaces. Luego, en conclusión, desde mayo de 1915 a igual período de 1916, las armas han hecho mucho por la paz; nosotros, contemporáneos, casi testigos presenciales, lo dudaremos acaso, pero las generaciones que nos sucedan se asombrarán de que, habiendo comenzado originariamente la guerra los dos Imperios centrales contra Rusia, Inglaterra, Francia, Serbia, Bélgica y Montenegro, a los veintidos meses de declaradas las hostilidades, la situación general presente el cariz que hoy tiene.

Pero se ocurre, enseguida, ¿se hallan los germanos o los aliados en disposición de repetir sus campañas del año anterior?

IV.—El teatro decisivo

El ejército austro-alemán de hoy, no es el mismo de hace un año; su eficiencia y su capacidad comba-

tiende han disminuído considerablemente. Los cuadros han tenido que renovarse casi por completo; las tropas no son tan escogidas ni abunda tanto en ellas el elemento joven; necesariamente se observarán en ellas síntomas de cansancio; la guerra ha enseñado a los adversarios los métodos de combate de los alemanes y les ha familiarizado con la lucha contra un enemigo a quien todos reputaban superior; sólo el material es tan bueno y numeroso, o más que el primer día. Mas, en el mismo caso que los ejércitos de los Imperios centrales se encuentran los de los otros beligerantes. Y si en ese descenso de nivel alguien ha resultado perjudicado, no cabe duda que será quien ha padecido más descalabros, toda vez que su espíritu y fuerza moral habrán sufrido un quebranto igual al realce notado en el campo del vencedor.

Los alemanes, que son hasta ahora los más favorecidos por la fortuna militar, no podrán desarrollar esfuerzos tan intensos como hace un año, pero tampoco es necesario tanto vigor para obtener resultados análogos, porque el enemigo es menos fuerte de lo que era. Lo demuestran hasta la saciedad las batallas de Verdun.

Es una máxima, no ya militar, sino de simple buen sentido, que la suspensión de las operaciones activas favorece más al vencido que al victorioso; se atenúan en el primero los efectos de la derrota, y pierde poco a poco el segundo la superioridad, aparte de que se da tiempo al derrotado para que reponga sus quebrantos materiales. De donde se infiere que los austro-alemanes reanudarán pronto la ofensiva, y es natural que se la dirija contra aquel de los adversarios que sea más fácil poner fuera de combate.

No es ciertamente Francia. Aparte de su fuerza militar y de tener casi intacta la cortina de fortalezas del N. E., se halla demasiado cerca de Inglaterra para substraerse al influjo de ésta; sus recursos no están agotados, dispone de una industria poderosa y muy bien organizada, no carece ni carecerá de primeras materias ni subsistencias, el ejército ha ganado en cohesión y espíritu, aumenta su material, no ha vuelto a ser derrotada desde el primer mes de la guerra; es decir, que conserva energías morales y materiales para proseguir la guerra mucho tiempo. Pero, a la vez, ya no tiene confianza en sí misma para llegar a la victoria, que sólo la espera del desgaste del enemigo a consecuencia de la acción enérgica de los rusos; Rusia es su más firme esperanza, habiéndose desvanecido la que acaso puso un momento en Italia y la que por mucho tiempo cifró en su vecina Inglaterra. Para hacer la paz con Francia, Alemania necesita antes inutilizar a Rusia.

Acaso no fuera difícil vencer a Italia, si a las fuerzas austriacas se juntaran las disponibles de Alemania; se ve bien claro, sin embargo, que se han suavizado las relaciones indirectas entre Italia y Alemania, y que ambos Estados desean reanudar después de la guerra sus estrechos lazos comerciales. En otro concepto, aunque la derrota de Italia indujera a esta nación a concertar una paz separada, lo que es dudoso, porque Italia, por sus condiciones geográficas y políticas, está muy expuesta a sufrir la presión inglesa, no obtendrían de tal éxito, los Imperios centrales otra ventaja militar que la de poder emplear en otro teatro las tropas austro-húngaras,

hoy retenidas en el Isonzo y el Tirol, y es posible que esos refuerzos pudieran decidir la lucha en otros lugares. Pesando poco Italia en el conjunto de operaciones, su vencimiento, de grande importancia moral, sólo tendría materialmente un carácter episódico, algo mayor que el de la destrucción de los serbios, sin las consecuencias de la apertura de una nueva vía de expansión a los Imperios centrales.

Inglaterra se encuentra en un caso especial. No hay probabilidad de derrotarla, porque sus puntos más vulnerables sólo pueden ser atacados por los turcos con un auxilio reducido de los alemanes, que no disponen de fuerzas tan numerosas que les permitan enviarlas a teatros distantes.

Por consiguiente, la guerra en tierra no parece que pueda quedar resuelta en breve plazo ni en Francia, ni en Italia, y a Inglaterra hay que descartarla.

A pesar de los desengaños sufridos, en Rusia están puestas las ilusiones de sus aliados; ese imperio es el beligerante, aparte de los pequeños, que ha sufrido más; el único aislado de sus amigos; el de situación interior y financiera más crítica; y aquel cuyos intereses y aspiraciones son más dispares con los franceses, ingleses e italianos, circunstancias que abonan la prosecución de la ofensiva austro-alemana en el E. Lo mismo en los momentos presentes que hace muchos meses, de allí parece que podría venir el rayo de luz que disipe las sombras que envuelven a Europa. Si Rusia se inclinara a la paz o la concertara aisladamente, Italia y Francia se avendrían a una solución conciliadora, y entonces Inglaterra tendría que volver el acero a la vaina.

V.—La situación el 13 de mayo

Transcurren los días sin que se advierta en ninguno de los beligerantes el firme propósito de emprender operaciones importantes. ¿Será posible que todos ellos fien la resolución del pleito bélico al tiempo? Sería comprensible si uno de los bandos estuviera tan agotado que le bastara al otro esperar, para que el primero se aviniera a poner término a la guerra, al convencerse de la inutilidad de prolongar la resistencia. No es este el caso. Armas y recursos militares no faltan a ninguno, porque los menos favorecidos en este concepto pueden recibirlos de los Estados Unidos y otros países; el elemento hombre abunda todavía, en conjunto, en los dos campos; y la opinión pública es algo demasiado voluble e impresionable para contar con ella como fuerza promotora de la paz. Aunque uno de los partidos se encuentra hasta ahora en condiciones de superioridad, dentro de la desigualdad resultante se ha establecido una especie de equilibrio que puede prolongarse meses y meses, por lo que se requiere un nuevo esfuerzo de las armas para que el bando más débil se decida a mostrarse conciliador o el más fuerte renuncie a sus aspiraciones. Hay que esperar, por consiguiente, nuevas y vastas operaciones. Se dispone todavía de más de cuatro meses para ellas, y es de creer que cuanto más tarden en iniciarse, más enérgicas serán, por haberse completado mejor los preparativos.

Las noticias de origen ruso insisten en afirmar como muy próximos los ataques en la región del

Duina. Ciertamente, la acción de la artillería aumenta en intensidad; los alemanes efectúan tanteos, con pequeñas fuerzas; y los aviones no cesan de explorar y reconocer el terreno ocupado por los rusos. También en Volinia y el extremo S. de Galizia se han avivado algo los combates. Pero en todo el frente no ha habido una acción seria. La última ofensiva de los rusos, en el N., dirigida por el general Kuropatkin, en los días que precedieron al deshielo, tuvo una importancia mucho mayor de lo que se había creído; las fuerzas moskovitas sumaban como mínimo cuarenta y cinco divisiones y se admite en Rusia que tuvieron más de 100.000 bajas; no estaban preparados, a la sazón, los alemanes para dirigir un contragolpe y tampoco era aquella la época más apropiada, en vísperas de las inundaciones, para asestarlo. Sin duda, Kuropatkin eligió aquella fecha para su ofensiva previendo el fracaso de la maniobra y tomó la época de la estación como escudo que le protegiera contra la respuesta enemiga. La atención general, incluso en Francia, ha vuelto sus miradas a Rusia, comprendiendo que el actual estado de cosas en el frente oriental no puede ser indefinido, y sabiendo que de la actitud que en otoño adopte Rusia dependen los destinos de los aliados. El sentir público no va en esta ocasión descaminado.

En Armenia, la situación no ha cambiado. En Persia se acentúa el avance ruso, que hasta ahora ha respetado las fronteras de Mesopotamia, en las cuales encontraría dificultades, con las que no tropezará en el interior de Persia.

Nada digno de mención ha ocurrido en Mesopotamia, Egipto y Salónica.

La prensa italiana califica de inexpugnables las posiciones de Vallona, tanto por las defensas que las constituyen, como por el ejército—más de cien mil hombres—que las guarnece; añade que los austriacos han retirado tropas de aquel teatro, dejando solamente en él algunos núcleos de observación, reforzados por contingentes albaneses.

En el frente occidental, menudean los pequeños ataques en los sectores ocupados por el ejército inglés. Los alemanes han obtenido algunos éxitos de detalle, que ni alteran la situación general ni pueden tomarse como indicio de que se avecina una maniobra violenta. Más bien han de estimarse como complemento de las batallas de Verdun y enderezados a fijar las fuerzas enemigas, para quedar en libertad de operar en otra parte.

Después de muchos días de calma relativa, los alemanes se han apoderado, en el sector de Verdun, de la vertiente N. de la altura 304 y de casi toda la altura 587, al O. de la anterior, haciendo unos 2 500

prisioneros. Otras tentativas delante de Douaumont, tanto por parte de los franceses como de los alemanes, no han dado resultado. Está fuera de duda que la masa principal del ejército francés se encuentra en el frente de Verdun. Los alemanes afirman que no tienen allá más de medio millón de hombres. Sean cualesquiera los acontecimientos que nos reserva el porvenir, el objetivo, el desarrollo y los resultados de las batallas de Verdun, se van destacando con claridad; ninguno de los dos partidos puede clamar que ha conseguido por completo sus propósitos, y aún es evidente que hubo un cierto cambio en ellos impuesto por los diferentes aspectos que tomaron los combates. La materia es demasiado importante para ser tratada a la ligera y reservamos su examen para el cuaderno próximo, coincidiendo con los tres meses de esa serie de combates sin precedentes por su continuidad y por sus nimias consecuencias en el mismo terreno de la acción.

La campaña en el teatro austro-italiano se asemeja a una enfermedad crónica, sin esas alternativas que parecían obligadas en la guerra moderna. Los italianos, que han fracasado en cuantas tentativas realizaron para romper el frente enemigo, han reducido su actividad al ataque y toma de picachos de 2.800 á 3.000 metros de altitud; los relatos de esas escaramuzas llenan los partes oficiales y dan la impresión, a quien los lee superficialmente, de que la guerra no decae, sino que se lucha con energía y con positivo éxito. Hasta aquí, y desde su último fracaso en el Isonzo, parece que Italia es, de todos los beligerantes, quien espera más de la ayuda del tiempo; espera que la guerra se decida en otro teatro, y, entre tanto aguarda, dispuesta a tomar la actitud que más le convenga cuando llegue el momento de las grandes resoluciones. Acaso, como complemento de este punto de vista, los periódicos italianos describen con pormenores la concentración de fuertes masas austro-húngaras en el Trentino, a donde se dice que han llegado recientemente diez divisiones. Mientras no se advierta un decidido propósito de reñir de parte de Italia, aquel teatro no será testigo de encuentros capaces de pesar en el conjunto de la situación militar, tal como resulta de otros teatros.

El total de las tropas rusas desembarcadas en Francia, no llega al efectivo de una división.

Han terminado los alzamientos en Irlanda; sólo quedan en armas algunos grupos de rebeldes fuera de las grandes ciudades.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

14 de mayo de 1916